

TADEUSZ DOLEGA-MOSTOWICZ

LA CARRERA DE
NIKODEM DYZMA

Traducción de Higinio J. Paterna Sánchez

SEKOTIA

Título original: *Kariera Nikodema Dyzmy*
Tadeusz Dolega-Mostowicz
Varsovia, 1932

© de la traducción: Higinio J. Paterna Sánchez, 2021
© a la edición Editorial Sekotia, S.L., 2021

Primera edición: febrero de 2021

WWW.SEKOTIA.COM

COLECCIÓN NARRATIVA CON VALORES • NOVELA

EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN
MAQUETACIÓN: R. JOAQUÍN JIMÉNEZ R.

«Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright. La Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril atribuye al autor y a otros titulares la disposición y explotación de sus obras y prestaciones. Si usted, consciente o inconscientemente, permite que este producto sea divulgado en otra persona o personas diferentes a usted, debe saber que incurre en un delito tipificado por la Ley y que está permitiendo que otros se apropien de algo que no es suyo y por lo tanto es cómplice de un robo intelectual e industrial. Ser dueño de un ejemplar físico o electrónico de una obra no le convierte en dueño del contenido de esa obra. Existen claros límites en cuanto a lo que puede y no puede hacer con estos productos.»

Imprime: Romanyà Valls
ISBN: 978-84-18414-32-9
Depósito legal: CO-1332-2020

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

Nota del traductor

Final de los años 20 del siglo pasado. Nikodem Dyzma, un exfuncionario de correos de provincias en el paro y sin grandes aspiraciones busca mejor suerte en Varsovia. Allí se encuentra inesperadamente con la oportunidad de su vida...

Aunque, en realidad, ¿nos lleva solo hasta ese lugar y época esta novela? Progreso tecnológico aparte, esta mordaz sátira de Tadeusz Dolega-Mostowicz contra la alta sociedad polaca del periodo de entreguerras, que ha sido llevada en varias ocasiones al cine y a la televisión, parece ahora más actual que nunca.

Dyzma aún hoy día sigue siendo considerado en Polonia la viva imagen del oportunista carente tanto de talento y de cultura como de escrúpulos. En realidad, se trata de un personaje universal: es el símbolo de toda medianía que asciende hasta alturas insospechadas gracias a un cúmulo de casualidades, que sabe aprovechar, y a la ineptitud de las élites que lo encumbran.

Solo el desquiciado conde Ponimirski se atreve a gritar lo que todos los demás pueden, pero no quieren ver —que el rey está desnudo: «¡Sapristi! ¿Es que no lo veis? Perdón, ¡no os tiene embaucados! ¡Sois vosotros lo que habéis puesto a ese zopenco sobre el pedestal! ¡Vosotros! ¡Gente desprovista de todo criterio juicioso! ¡De vosotros me río, imbéciles! ¡De vosotros! ¡Chusma...!»

Cracovia, 8 de junio de 2020

CAPÍTULO 1

El dueño del restaurante hizo un gesto al pianista y el tango quedó en suspenso a medio compás. La pareja de bailarines se detuvo en el centro de la pista.

—¿Y qué, señor director? —preguntó la delgada rubia mientras se desprendía de los brazos de su compañero de baile y se acercaba a una mesilla tras la cual estaba medio sentado un hombre obeso de cara sudorosa.

El dueño se encogió de hombros.

—¿No vale? —dijo la rubia como a quien no le iba la cosa.

—Pues claro que no. No tiene soltura, elegancia. Si por lo menos fuera guapo...

Se acercó el bailarín.

La rubia se fijó atentamente en su traje raído, su cabello poco frondoso color castaño, algo rizado y con una raya a mitad de la cabeza, su boca estrecha y su fuertemente desarrollada mandíbula inferior.

—Y usted, ¿ha bailado antes en algún sitio?

—No. Bueno, sí, pero en privado. Incluso me decían que lo hacía bastante bien...

—Pero ¿dónde? —preguntó indiferente el dueño del restaurante.

El candidato echó una mirada triste a la sala vacía.

—En mi pueblo, en Lysków.

El gordo se echó a reír.

—Varsovia, estimado caballero, no es Lysków. Aquí hace falta distinción, gracia, garbo. Con franqueza se lo digo: no vale usted para esto. Búsquese mejor otro trabajo.

Dio media vuelta y se dirigió al mostrador. La rubia se fue corriendo al ropero. El pianista cerró su atril.

El aspirante a bailarín se echó perezosamente el abrigo sobre los hombros, se puso el sombrero y se encaminó a la puerta. Al cruzarse con un camarero que llevaba una bandeja de sándwiches, un fuerte y apetitoso olor atizó sus narices.

Un sol ardiente inundaba la calle. Se acercaba el mediodía. No había mucha gente. Se dirigió lentamente hacia el parque Lazienki. En la esquina de la calle Piekna se detuvo, metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó una moneda de níquel.

«La última» —pensó.

Se acercó al quiosco.

—Dos paquetes de grandprix.

Contó el restó y se detuvo confuso en la parada del tranvía. Un viejecito apoyado en una vara lo miró con ojos nebulosos. Una elegante señora que llevaba una docena de paquetes trataba de divisar el tranvía a lo lejos una y otra vez.

A su lado, un chico con un libro bajo el brazo daba vueltas impaciente. En realidad no era un libro, sino una carpeta revestida con una tela gris; cuando el chico se puso de perfil, pudo ver un fajo de cartas y el margen de varias decenas de hojas en las que los destinatarios acusan el recibo de la correspondencia.

Se fijó en el muchacho y se acordó de que él mismo solía llevar una carpeta parecida cuando trabajaba de recadero del notario Winder antes de que empezara la guerra, antes de convertirse en funcionario en la oficina de correos de Lysków.

Solo que el notario siempre usaba sobres azules y estos eran blancos.

Llegó el número nueve y el chico se montó de un salto en la plataforma trasera antes de que el tranvía frenara, pero al hacerlo la carpeta dio con la barandilla y las cartas se esparcieron por el suelo.

«Tiene suerte el chaval de que no llueva» —pensó el malogrado bailarín mientras miraba cómo el chico recogía las cartas. El tranvía se puso en marcha y una de ellas se deslizó por el peldaño y cayó a la calzada. El aspirante a bailarín cogió el sobre y empezó a agitar los brazos tras el tranvía, pero el chico estaba tan ocupado recogiendo las demás cartas que no se dio cuenta.

Se trataba de un elegante sobre de papel manufacturado con la dirección escrita a mano:

*S.E. Artur Rakowiecki —Presidente de la
compañía— Varsovia. Av. Ujazdowskie 7.*

Dentro (el sobre no estaba cerrado) había una tarjeta igualmente elegante, doblada por la mitad. De un lado había algo escrito en francés, del otro seguramente lo mismo en polaco:

Con motivo de la visita de S.E. el Canciller de la República de Austria, el Presidente del Consejo de Ministros tiene el honor de invitar a S.E. a tomar parte en la recepción que tendrá lugar el 15 de julio del año en curso a las 8 de la tarde en los salones de la planta baja del Hotel Europejski.

Más abajo, con letra pequeña, podía leerse:

Traje de gala — condecoraciones.

Releyó la dirección: *Av. Ujazdowskie 7*.

«¿Y si se la llevo? A lo mejor me dan un zloty o dos... Por probar no pasa nada. Además, el número 7 está a un tiro de piedra de aquí» —reflexionó.

En el listado de inquilinos, el apellido Rakowicki figuraba en la vivienda número 3, primer piso. Subió por las escaleras y llamó una vez, y luego otra más. Se acercó por fin el guarda y le informó de que el señor presidente estaba de viaje en el extranjero.

— Mala suerte.

Se encogió de hombros y, con la carta en la mano, se encaminó a casa. Tardó una media hora en llegar a la calle Lucka. Subió al cuarto piso por la chirriante escalera de madera y giró el picaporte.

Le estalló en la cara el aire sofocante de la estrecha vivienda, era un molesto aroma a cebolla chamuscada mezclado con el de grasa quemada y pañales tendidos. Desde una esquina resonó una voz de mujer:

—Pero ciérreme la puerta, que hay corriente y me va a resfriar al niño.

Gruñó por lo bajo, se quitó el sombrero, colgó el abrigo en un clavo y se sentó junto a la ventana.

—¿Y qué? —dijo la mujer—. ¿Tampoco encontró nada esta vez?

—Tampoco...

—Ay, señor Dyzma, ya le decía yo que aquí iba usted a dar vueltas en vano. En el campo, en las provincias, ahí es más fácil ganarse el pan. Ya se sabe: son campesinos.

No respondió nada. Llevaba ya tres meses sin trabajo desde que cerraron el bar «El elefante» de la calle Panska, donde se sacaba sus cinco zlotys al día más la cena tocando la mandolina. Ciertamente después el instituto de empleo le había dado un trabajo en la construcción de un nudo ferroviario, pero

Dyzma no se entendía ni con el ingeniero, ni con el capataz, ni con los obreros y a las dos semanas lo echaron. Y en Lysków...

Los pensamientos de la mujer debían de ir por el mismo camino, puesto que le preguntó:

—Señor Dyzma, ¿y no sería mejor para *usté* volver a su tierra, con la familia? Seguro que le encuentran algún trabajo.

—Ya le he dicho, señora Walentowa, que no tengo familia ninguna.

—¿Todos muertos?

—Todos.

Walentowa terminó de pelar las patatas y, poniendo el caldero en el fuego, empezó:

—Es que aquí, en Varsovia, *son otras gentes*, y además no hay empleo. Aquí el pariente sólo curra tres veces por semana, casi no nos da ni para el puchero, y su director, el Purmanter ese o como se llame, pues dice que a lo mejor cierran la fábrica del todo, porque no hay *espotaciones*. Y si no fuera por Marianka no habría con qué pagar el alquiler. Se mata a trabajar la niña, y nada. Como no agarre dos clientes por semana...

—Que tenga cuidado —le interrumpió Dyzma—, que como a ella la agarren sin libretilla de salud... ¡Bueno!

Walentowa le puso al niño un pañal limpio y tendió el húmedo sobre el suelo.

—¡No me sea pájaro de mal agüero! —le soltó con voz malhumorada—. Cuídese mejor *usté*. Que ya van tres semanas que no me paga y no hace más que ocupar sitio. Menudo *enquilino*.

—Le pagaré —masculló Dyzma.

—Me pagará, o a lo mejor no. Que quince zlotys es casi medio gratis, pero no llueven del cielo. Y a usted, cualquier curro que empieza lo echan en un santiamén...

—¿Quién le ha dicho a usted eso?

—Anda que también, menudo misterio. Si *usté* mismo se lo dijo a Marianka.

Se hizo un silencio.

Dyzma se dio la vuelta hacia la ventana y se quedó mirando las ruinosas paredes del patio. Efectivamente, la mala suerte le perseguía. No había lugar del que no saliera echando pestes nada más llegar. De la escuela lo echaron en cuarto por terco y poco aplicado. El notario Winder fue el que más tiempo lo aguantó. Quizá porque el pequeño Nikodem Dyzma sabía de alemán lo suficiente para entender a dónde lo mandaban. Luego la Oficina de Correos y Telégrafos, un sueldo mísero y un sinfín de reproches. La guerra, tres años de servicio de campaña en el batallón de telegrafistas y un solo ascenso a soldado de preferencia. De nuevo, correos en Lysków, hasta que vinieron los despidos. Gracias al párroco lo emplearon en la biblioteca, pero apenas pasó del invierno porque ya en abril resultó que no era capaz de mantener en el orden debido los libros en los estantes.

Eso era lo más interesante, por otro lado...

Las cavilaciones de Dyzma se vieron interrumpidas por el bramido de las sirenas de las fábricas cercanas. Walentowa se puso a trajinar alrededor de la mesa, a vista de lo cual Dyzma se levantó perezosamente y salió de la casa.

Deambulaba por las soleadas calles a pesar de que le dolían las piernas. Pero quedarse en el piso escuchando los comentarios sarcásticos del señor Walenty Barcik y las burlas de Marianka y, sobre todo, ver cómo comían, eso le superaba. Ya era el segundo día que no se llevaba nada a la boca, aparte de cigarrillos, para los que reservaba sus últimos céntimos.

Cuando pasaba al lado de alguna charcutería y le llegaba el seductor olor a salchichas, contenía la respiración. Trataba de volver la vista de las vidrieras de las tiendas de comestibles, pero el hambre no le daba tregua.

Nikodem Dyzma se daba cuenta perfectamente de que no había para él ningún panorama halagüeño.

¿Sentía algún tipo de pavor por ello? Para nada. La psique de Nikodem Dyzma, por suerte para él, estaba desprovista de toda imaginación. El alcance de sus previsiones y planes no traspasaba el límite de los próximos días y, así como la semana anterior había podido vegetar gracias a la venta de su reloj, podría sobrevivir la siguiente convirtiendo en efectivo el frac y los zapatos de charol.

A decir verdad, la adquisición del traje le había supuesto muchas privaciones y limitaciones y, también a decir verdad, había visto en ese traje la esperanza de conseguirse fácilmente el pan como bailarín y de mejorar radicalmente su lamentable situación. Pero ahora que se hallaba convencido, tras numerosos intentos, de que nadie lo iba a contratar en esa profesión, decidió sin mucho pesar desprenderse de su maravillosa indumentaria.

Se acercaban las seis cuando tomó la decisión definitiva y volvió a casa.

En el piso estaba solo Marianka, una frágil morena de movimientos inquietos. Parecía que tenía trabajo de noche, porque estaba pintándose junto a la ventana. Como justamente estaba sentada encima de su maleta, Dyzma decidió acomodarse en una esquina para no molestarla y esperar.

La chica fue la primera en decir algo:

—Dese la vuelta, que voy a cambiarme.

—No estoy mirando —respondió.

—Eso está bien, que del ansia se le pican a uno los dientes.

Dyzma soltó un taco. La chica soltó una risa y se quitó el vestido. Nikodem, efectivamente, no le prestaba atención, dejando aparte que la muchacha lo irritaba infinitamente. Con qué satisfacción le cerraría la boca con el puño y la echaría de la habitación. Se burlaba de él por sistema, con saña, con una pasión incomprensible para él. No le hería en su ambición masculina porque la vida no le había dado oportunidad de que

esta se desarrollara. Ni siquiera afectaba a su dignidad humana porque nunca la había tenido en un grado especialmente elevado, no veía en este caso ninguna diferencia social entre él mismo, «trabajador de cuello blanco» en el paro, y esa chica. Sencillamente, estaba harto de ese continuo pitorreo.

Entre tanto, Marianka se vistió, se echó un mantón sobre los hombros y, poniéndose delante de Dyzma, sonrió mostrando sus grandes y blancos dientes.

—Está buena la moza, ¿no?

—Vete al infierno —le espetó con furia.

Ella lo tomó por la barbilla con dos dedos, pero se echó atrás rápidamente porque Dyzma, con un movimiento brusco, le dio un puñetazo en la mano.

—¡Oh, malaje! —susurró—. ¡Haragán, cochambroso! ¡¿Quieres pegarme?! Mirarlo, el *despravado* este...

Siguió así largo tiempo, pero Dyzma no la escuchaba. Empezó a abrir la maleta mientras calculaba mentalmente que por el frac podrían darle unos cincuenta zlotys. En el mercadillo de Kercelak había pagado setenta. Con los zapatos de charol también saldría perdiendo unos ocho zlotys, o a lo peor diez.

El niño se puso a dar berridos como un descosido: al momento Walentowa volvió corriendo de casa de la vecina. Solo entonces acabó Marianka su diatriba y salió dando un portazo.

Nikodem Dyzma abrió la maleta y sacó el frac.

—¡Ajá! —dijo Walentowa sonriendo—. Seguramente de que va *usté* a un baile o a una boda.

No respondió. Dobló con cuidado los pantalones, el chaleco y el frac, envolvió el paquete con un periódico y pidió una cuerda. Volvió Walenty, la mujer se puso a calentar las patatas para la cena y la estancia volvió a llenarse del olor a manteca ardiendo.

—Señor Dyzma —preguntó Walenty—, ¿va *usté* al Kercelak?

—Al Kercelak voy.

—Hoy es sábado, no hay judíos, y los nuestros no suelen comprar esas cosas. Y ya, si eso, por una miseria.

La manteca crepitaba en la sartén. Nikodem tragó saliva.

—Pues que sea por una miseria.

De repente se acordó de que no había comprobado los bolsillos del frac. Desenvolvió rápidamente el paquete. Efectivamente, en los pantalones había una cigarrera de vidrio y en el frac un pañuelo. Cogió ambos objetos y se los metió en el bolsillo de la chaqueta. Al mismo tiempo, notó ahí algo extraño. Como de cartón... Ajá, la carta que había encontrado. La invitación.

Volvió a sacarla del sobre y la leyó. De golpe, se percató de la letra pequeña de la parte de abajo *Traje de gala —condecoraciones.*

Echó una ojeada a su frac. Recepción... Comida, mucha comida, gratis...

«Estoy loco» —pensó, pero volvió a leer atentamente la invitación: *15 de julio del año en curso a las 8 de la tarde.*

No podía quitarse la idea de la cabeza.

—Señor Walenty, ¿hoy es quince? —preguntó.

—Pues quince es.

—¿Y qué hora tendremos?

—Pues tendremos las diez de aquí a un rato, pero las de ahora son las siete.

Dyzma se quedó inmóvil un momento.

«¿Qué me pueden hacer? —pensó—. Como mucho me echan fuera. Además, seguro que habrá tanta gente...»

Sacó los útiles de afeitar y comenzó a cambiarse de ropa.

Cuando trabajaba en la biblioteca municipal, durante las largas horas matutinas en las que apenas había trabajo solía leer por puro aburrimiento. Alguna que otra vez se había topado con descripciones de bailes y recepciones organizadas por condes y ministros. Sabía —si lo que decían los libros era cierto—

que en esas grandes fiestas normalmente hay mucha gente que no se conoce entre sí, por lo que su plan, que parecía arriesgado, podía salir bien. Sobre todo, si no se distinguía demasiado de los demás invitados.

Los Barcik estaban sentados a la mesa, comiendo patatas y bebiendo té.

«Comida, mucha comida —pensó Dyzma— carne, pan, pescado...»

Se lavó sobre el fregadero, repeinó su áspero cabello y estiró su camisa almidonada.

—¿No decía yo que se iba de boda? —dijo Walentowa.

Su marido echó una mirada al inquilino y murmuró:

—¿Y qué más nos da eso?

Dyzma abrochó el botón del cuello con dificultad, se anudó la corbata y se puso el frac.

—Comida, mucha comida —susurró.

—¿Qué dice usted?

—Nada, que ya me iba.

Bajó lentamente por las escaleras, abrochándose la gabardina.

Volvió a leer la invitación bajo la farola más cercana y comprobó que no tenía destinatario. Se la guardó en el bolsillo y tiró el sobre a la alcantarilla.

No dominaba aún la ciudad y dudó por un momento. Finalmente decidió ir por un camino que conocía. Dobló en la calle Zelazna y en la esquina de Chlodna giró en dirección a la iglesia, desde allí ya veía la calle Elektoralna y la plaza Bankowy.

Las calles rebosaban de vida nocturna en los barrios obreros. De las tascas salían roncós sonidos de acordeón, por las sucias aceras iban de aquí para allá grupos de adolescentes y jóvenes currantes con las chaquetas desabrochadas y sin cuellos. Las chicas, en grupos de tres o cuatro, de la mano, iban entre risas y cuchicheos. Bajo los portales, de pie o sentadas en

taburetes sacados de las viviendas, había señoras mayores con niños en los brazos.

«Salimos del curro» —pensó Dyzma.

Elektoralna también estaba abarrotada: los judíos no solo iban por las aceras festejando, también ocupaban la calzada. Cuando llegó a la plaza del Teatro, el reloj de la torre del ayuntamiento marcaba ya las ocho y cinco. Aceleró el paso y en un momento ya estaba delante del hotel.

Veía cómo continuamente llegaban coches resplandecientes, cómo salían de ellos elegantes caballeros y señoras ataviadas con pieles a pesar del calor.

Se sintió amedrentado. ¿Será capaz de comportarse entre ellos...? Pero el hambre pudo más. Comer, ¡comer a toda costa! Luego ya que lo echen. No se le caerán los anillos. Apretó los dientes y entró.

Ni se había dado cuenta y los sirvientes ya habían tomado su abrigo y el sombrero, y un señor muy solícito lo acompañó hasta la puerta de la sala e incluso se la abrió con gesto servil.

Ante los ojos de Nikodem Dyzma todo comenzó a dar vueltas: el gran salón blanco, las manchas negras de los fracs y los coloridos vestidos de las damas. Se sintió casi mareado por la combinación de los perfumes con el bullicio de las voces.

Seguía en pie junto a la puerta cuando, de repente, vio ante sí a un caballero que se inclinaba amablemente y le tendía la mano. Le dio la suya automáticamente.

—Permítame —dijo aquel— que me presente. Antoniewski, secretario personal del primer ministro. Permita que le agradezca su presencia. Por favor, tenga el gusto, aquí tiene el aperitivo.

Dejó de hablar y se aproximó a dos delgados señores que acababan de entrar.

Nikodem Dyzma se quitó el sudor de la frente.

«¡Gracias a Dios! Ahora, valor...».

Se dominó rápidamente y empezó a ubicarse. Se dio cuenta de que alrededor de varias mesas había damas y caballeros comiendo, de pie con un plato en la mano o sentados junto a unas mesillas. Decidió controlar el hambre lo suficiente para observar cómo se comportaban los demás. Se fijó en una mesa llena de fuentes con alimentos que no había visto en la vida. Con qué gusto agarraría alguna de esas fuentes y se comería su contenido en una esquina. Pero se contuvo, siguió mirando.

Finalmente se decidió y comenzó a buscar un plato. Cuando encontró también un tenedor, se puso mucha ensalada y una porción de paté. Tenía la boca llena de saliva. No podía apartar los ojos del plato. De repente, cuando se estaba dando la vuelta para tratar de localizar un lugar más recogido, sintió un golpe bastante fuerte en el codo. El plato se le fue de la mano y dio al suelo.

La cólera se apoderó de Dyzma. Delante de sus narices un gordo se estaba abriendo paso a empujones y ni siquiera se había dado la vuelta para disculparse por su torpeza. Si Dyzma hubiera logrado contener su furia, seguramente su primer impulso habría sido más suave. Pero ahora solo sabía una cosa: el gordo le había privado de su comida.

En dos pasos alcanzó al culpable y lo agarró por el codo con todas sus fuerzas.

—¡Tenga cuidado, cojones, me ha tirado el plato! —le soltó en la cara

Los ojos del agredido expresaban un extremado asombro, casi horror. Miró al suelo y empezó a disculparse, notablemente consternado.

Alrededor se hizo el silencio. Se acercó un camarero a limpiar y otro le dio a Dyzma otro plato.

Cuando empezó a ponerse una porción de la misma ensalada, aún no era consciente de la locura que acababa de cometer. Se calmó cuando se halló en un lugar más apartado. Ins-

tantáneamente comprendió que podían echarlo a la calle de un momento a otro. Se puso a comer con ansia, para engullir lo más posible.

Mientras tanto, la sala seguía llenándose y Dyzma advirtió con alivio que nadie le prestaba atención. Eso le dio ánimos y volvió a llenar su plato. Mientras comía, vio a su lado una fuente con copas llenas. Se bebió dos, una detrás de otra. Se sintió más seguro de sí. Cuando cogió una tercera, advirtió que la copa de al lado, elevada por la mano de alguien, golpeaba levemente la suya. Al mismo tiempo, una voz llegó a sus oídos:

—Permítame beber con usted.

A su lado se encontraba un hombre moreno y alto vestido de coronel que le sonreía con una cierta ambigüedad.

Alzaron las copas y bebieron de ellas. El coronel le tendió la mano.

—Me llamo Waclaw Wareda.

—Me llamo Nikodem Dyzma —respondió como un eco mientras le apretaba la mano.

—Reciba mi enhorabuena —dijo el coronel inclinándose hacia Dyzma—. Pusiste a ese Terkowski en su sitio. Pude verlo.

Dyzma se sonrojó.

«Ajá —pensó—, este ahora viene a echarme. Pero vaya forma tan educada de empezar...».

—Ja, ja... —rio en voz baja el coronel Wareda— todavía se le sube la sangre a la cabeza al mencionarle a ese mentecato. Enhorabuena, señor... Dyzma. Hacía tiempo que Terkowski no recibía una lección así. ¡A su salud!

Bebieron y lo único que Dyzma alcanzó a entender era que aquel gordo Terkowski y el coronel debían de andar a la gresca.

—Una tontería —dijo—, una pena solo... por... la ensalada y el plato.

Wareda soltó una carcajada.

—¡Qué chiste tan delicioso! Qué mala sangre tiene usted, señor Dyzma, ¡a su salud!

—Sabe usted —añadió pasado un momento, dejando la copa— que es un chiste de primera: lo de Terkowski una tontería, ¡pero qué pena por la ensalada!

Se alegraba enormemente, y aunque Dyzma no acertaba a adivinar qué querría decir el coronel, se rio también, con la boca llena de canapés.

El coronel le ofreció un cigarrillo y se acercaron a la ventana. Apenas lo habían encendido cuando se les aproximó un tipo corpulento de pelo rubio canoso, vivaz y de ojos vidriosos.

—¡Wacek! —exclamó—. Dame un cigarrillo. Me he olvidado los míos.

El coronel volvió a sacar su pitillera de plata.

—Aquí tienes. Permíteme que te presente: el señor Dyzma, el señor ministro Jaszunski.

Dyzma empequeñeció. Nunca en la vida había visto a un ministro. Cuando en la oficina de correos en Lysków se hablaba de un ministro, había en esa palabra algo tan irreal, abstracto, algo tan infinitamente lejano e inalcanzable... Estrechó piadosamente la mano que se le tendía.

—Imagínate —empezó el coronel— que el señor Dyzma acaba de tener un incidente con ese patán de Terkowski.

—¡Ah! ¿Era usted? ¿Qué me cuentas? —el ministro parecía animarse—. Lo he oído, sí. ¡Vaya, vaya!

—Más aún, fíjate —continuó el coronel— que cuando le felicito, el señor Dyzma me responde: «lo de Terkowski, una tontería, ¡pero qué pena por la ensalada!».

Ambos se echaron a reír, y Dyzma les siguió sin mucha convicción. De repente, el ministro se calmó y dijo sugestivamente:

—El sino de los egos hinchados. Va el cafre abriéndose paso con los codos, con todo descaro, hasta que alguien le suelta un «cojones» en toda la cara, y resulta que vale menos...

—Que una ensalada —concluyó el coronel Wareda.

Se echaron a reír de nuevo y el ministro, tomando a Dyzma bajo el brazo, declaró alegremente:

—En cualquier caso, señor Dyzma, mis más sinceras felicitaciones. Sinceramente. Si hubiera nuestro país más gente como usted, estimado amigo, gente que no se deja intimidar, otro gallo cantaría. Hace falta gente fuerte.

Se acercaron unos cuantos hombres más. La conversación se tornó más genérica.

Nikodem Dyzma se sosegó. El estómago lleno y el coñac calmaron sus tensos nervios. Al principio pensó que lo tomaban por otra persona con el mismo apellido (¿podía ser que tuviera en Varsovia algún familiar?); pero luego captó que sencillamente lo tomaban por uno de los suyos, y eso era con certeza por haber abochornado a ese tal Terkowski. ¿Quién sería? Con certeza, se trataba también de un personaje importante.

Dándole vueltas a la situación, concluyó que lo más seguro era salir rápidamente. Empezó a inquietarse, sobre todo a causa de un señor mayor que se encontraba no muy lejos y que claramente lo estaba siguiendo con la mirada. Incluso estaba haciendo delicadamente maniobras para verle la cara a Dyzma.

«¿Qué diablos querrá de mí este viejo?»

La respuesta llegó al momento. El señor mayor detuvo a un camarero que pasaba y le dijo unas palabras, señalando a Dyzma con un movimiento de cabeza. El camarero hizo una reverencia, se acercó a Dyzma y le comunicó:

—Ese señor querría verse con usted un segundo.

No había solución. La huida era ya imposible. Nikodem dio tres pasos y echó una mirada triste al caballero de pelo grisáceo. Este, por su parte, le mandó una amplia sonrisa y balbuceó con tono complaciente:

—Mis más sinceras disculpas, distinguidísimo señor, pero, si no me equivoco, tuve el honor de conocerlo el año pasado

en la asamblea anual de empresarios industriales en Cracovia. ¿No se acuerda? ¿En abril? ¿Leon Kunicki...?

Hablaba rápido y ceceaba un poco. Tendió insistentemente hacia Dyzma su pequeña y nerviosa mano.

—Leon Kunicki.

—Nikodem Dyzma. Pero se equivoca usted, nunca he estado en Cracovia. Debía ser alguien parecido a mí.

El anciano comenzó a dar excusas y justificaciones, pero las palabras salían tan rápidamente de sus labios que Dyzma apenas podía comprender su sentido.

—Sí, claro, por supuesto, estos viejos ojos ya no ven como antes, una distracción, no lo tenga en cuenta, pero aun así se alegra mucho, no conoce aquí a casi nadie, una pena, no hay con quién intercambiar unas frases, y resulta que tenía un negocio muy especial, por eso le había pedido a un amiguete que le consiguiera una invitación, pero qué difícil es moverse con tino cuando uno está viejo...

—Ya, incluso —continuó en ese tono— me estaba alegrando de haberle encontrado, y más viendo que está usted en tan buena comitiva con nuestro honorable ministro de agricultura. Y entonces pensé, bueno, un conocido, a lo mejor me hace el favor y me presenta con cierta benevolencia al señor ministro Jaszunski. Pero le ruego que me disculpe, mis excusas.

—No hay de qué.

—No, no, he interrumpido su agradable conversación con el mismísimo señor ministro, pero, ve usted, soy de provincias, en nuestras tierras todo es, respetabilísimo señor, muy cordial...más campechano...

«Vaya cotorra» —pensó Dyzma.

—Así que le pido mis disculpas —dijo el anciano ceceando— pero, por otro lado, quizá podría hacerle usted un favor a este viejo, ¿qué le cuesta a usted!

—¿Qué favor? —dijo Dyzma extrañado.

—¡Ah! No quiero importunarle, pero si el honorabilísimo señor quisiera, aunque fuera solo presentarme al señor ministro, inmediatamente me empezaría a tratar de otra manera, ve usted, como si fuera una recomendación amistosa.

—¿Una recomendación amistosa? —exclamó Dyzma, realmente extrañado.

—Jejeje, no lo niegue usted. Escuché su conversación. Estoy viejo y no veo bien, pero tengo buen oído. Ya le aseguro yo que, si me presenta usted, si, por ejemplo, le dice usted al señor ministro: «Estimado señor ministro, ¡permítame que le presente a mi viejo y buen amigo, Leon Kunicki!» ¡Oh! Eso es ya otra cosa...

—¡Pero, caballero! —protestó Dyzma.

—No quiero importunarle, para nada, jejeje, pero le estaría mil veces, mil veces agradecido, ¿qué le cuesta a usted?

Entonces se abrieron las puertas de la sala contigua. Se hizo algo de desorden, un pequeño tropel se amontonó junto a la puerta. El ministro Jaszunski, pasando con otros dos señores junto a Dyzma y Kunicki, sonrió a aquel y dijo a sus acompañantes:

—He aquí el héroe de la noche.

Kunicki prácticamente le dio un empujón a Dyzma y este se inclinó ante el ministro. No viendo otra salida, Dyzma espetó:

—Permítame, señor ministro, presentarle al señor Kunicki. Un viejo conocido mío.

El rostro del ministro expresaba extrañeza. Sin embargo, no tuvo tiempo ni siquiera de responder porque Kunicki, sacudiendo su mano, comenzó su retahíla, diciéndole lo feliz que estaba de conocer a tan gran estadista al que la patria, y especialmente la agricultura, y más aún la silvicultura, tienen tanto que agradecer y que no olvidará este momento hasta la tumba porque él mismo, como agricultor e industrial de la madera, sabe valorar los grandes méritos en este campo, que no todos,

por desgracia, los subalternos del señor ministro son capaces de comprender las grandes ideas de su jefe, pero que eso siempre tiene arreglo, que él, Kunicki, ha contraído una impagable deuda de gratitud para con el querido y bondadoso señor Dyzma que ha tenido a bien presentarle.

El ceceante torrente fluía tan raudo que el ministro, cada vez más asombrado, solo fue capaz de decir:

—Mucho gusto.

Pero cuando el porfiado anciano empezó a hablar de unos bosques estatales cerca de Grodno y de unos aserraderos que... —el ministro le interrumpió secamente:

—Permítame usted no ocuparme de estos asuntos durante la recepción. Si no, no tendría tarea que hacer durante mis horas de trabajo en el ministerio.

Dio la mano a Dyzma y a Kunicki, inclinó la cabeza y siguió adelante.

—Un hueso duro de roer este ministro suyo —dijo Kunicki—. Vaya, no lo sospechaba. ¿Siempre es así?

—Siempre —replicó por si acaso Dyzma.

La recepción había concluido. Sin embargo, muchos de los asistentes pasaron a cenar a la sala de al lado, donde se encontraba el restaurante.

El viejo se pegó a Dyzma como una lapa. Se sentó con él a la mesa y no paraba de hablar. A Dyzma la cabeza comenzó a darle vueltas.

A decir verdad, los principales culpables de esta situación eran el coñac y varias copas de vino, pero Dyzma empezaba a sentir cansancio y sueño. Cada dos por tres había que beber y comer, lo cual —teniendo en cuenta la impensable cantidad de comida ingerida —era incluso agotador. Dyzma se acordaba con ternura de su estrecha cama plegable que abriría junto a la ventana nada más regresar al piso de la calle Lucka. Mañana era domingo, a lo mejor le dejan dormir hasta las diez.

Entretanto, Kunicki lo agarró del brazo.

—Estimado señor, no se niegue, no son más que las once, ¡beba usted conmigo una copa de buen vino de Hungría! Me hospedo aquí, en el Europejski, justo en el primer piso. Tengo para usted un asunto muy importante. Venga, querido señor Dyzma, ¡no me lo rechace! Nos sentamos, hombre, con calma, tranquilos, cómodos, con un buen vinito... ¿Vale? Media horita, un cuartito de hora.

Al mismo tiempo casi iba tirando de Dyzma. Salieron al vestíbulo y un momento después se encontraban ya en una amplia habitación. Kunicki llamó por teléfono al servicio y ordenó que trajeran un vino húngaro.

En esos momentos, abajo, la puerta giratoria de cristal expulsaba del interior del edificio a un sinfín de señores con sombrero de copa y de damas engalanadas. El botones, al borde de la acera, no dejaba de anunciar los coches que se iban acercando.

—¡El auto del señor ministro Jaszunski!

Llegó una brillante limusina y el ministro, despidiéndose del coronel Wareda, le preguntó:

—Oye, Wacek, dime, ¿cómo se llama ese amigo tuyo que le ha dado el repaso a Terkowski?

—Un tío con agallas —declaró con tono firme el coronel, que tenía ligeros problemas para mantenerse en pie—. Se llama Dyzma, le ha dado un escarmiento espléndido...

—Debe ser un terrateniente o un empresario industrial, porque es amigo de ese famoso Kunicki, que tuvo un juicio por el suministro de traviesas ferroviarias.

—Lo que te digo, un tío con agallas. Así, sin rodeos ni leches.

—Sí, tiene que ser un carácter fuerte. Creo en la frenología. El cráneo hacia adelante y la mandíbula desarrollada. Creo en la frenología. Pues eso, ¡hasta luego!

El motor rugió, las puertas se cerraron de un golpe. El coronel seguía en la acera.

—¿Está mamado o qué diablos? —dijo para sí—. ¿Qué tiene que ver el carácter con la cronología...?